

Escrito por: manuelmonroe

Resumen:

Entonces deduje, Mauro había cometido un desliz, estaba dando a entender que era homosexual. Y buscaba un acercamiento conmigo. Yo estaba a punto de cometer el mayor de los delitos...

Relato:

La noche cayó en el bosque. Aumentaba los nerviosos por no poder ver en la oscuridad. Ruidos que jamás habíamos escuchado nos estremecían, al no tener ni idea de lo que nos acechaba en la espesa oscurana. Y parapetados entre los árboles esperábamos que, los rayos que anunciaban lluvia, nos iluminaran el camino. De pequeño había oído relatos y cuentos de camino sobre cosas que asechan a los que se atrevían a pernoctar por aquellos parajes. Éramos jóvenes y habíamos venido a pasar un día en la montaña. Cuando nos bañábamos en el río me había excitado viendo a mi amigo Mauro, bañarse desnudo. Hacía un año que no era virgen pero aun así no terminaba de confiar en mis habilidades adquiridas como amante. Mi amigo no cesaba de quejarse. Sabía que era la comidilla de nuestro grupo, pues decían que había aceptado acompañarlo para cogérmelo. No era cierto. No era muy ducho en eso de convencer y llevar a las chicas a la cama. Pero al final terminaban debajo de mí con todo el colgajo adentro. Aún me preguntaba que había visto Mauro en mí para haberme concedido aquel honor de acompañarlo en aquella aventura. Su respuesta todavía resonaba en mi mente. "Te seleccioné por tus músculos llenos de vitalidad, son fuertes y duros". Sin embargo no dejaba de mirar mi paquete.

Entonces deduje, Mauro había cometido un desliz, estaba dando a entender que era homosexual. Y buscaba un acercamiento conmigo. Yo estaba a punto de cometer el mayor de los delitos: desvirgar analmente a un neófito a riesgo de la seguridad del grupo. Al principio mis sentimientos hacia Mauro eran los de un amigo, pero desde hacía unos días confrontaba un sentimiento extraño. No podía definirlo, pero estaba claro que sentía algo por él, y me azoraba la sola idea de meterle mi verga... "mi portaviones", como me decían los del grupo. "¡Coño allí caben tres de nuestros güevos!"

Inmerso en estos pensamientos mi amigo se movió nervioso delante de mí. Pero aquella noche no estaba dispuesto a fallar, y al verlo tan asustado lo abracé y traté de calmarlo. Se quedó quieto. Sentía sus nalgas redondas y duras pegadas a mí. No sé si era mi imaginación pero sentía que recostaba, -mas de la cuenta-, su culo contra mi entrepierna, que ya comenzaba a rebelarse. Encontramos el camino a la carpa y nos fuimos corriendo. Con la humedad del follaje nos íbamos mojando las ropas. Al llegar le dije a Mauro que pusiésemos la ropa a secar en una fogata que hicimos. Nos quedamos arropados con las sabanas. Mauro ya no estaba nervioso, había dejado de temblar.

Pero me miraba con tristeza, parecía reclamarme que no habíamos terminado algo. El se agachó y le vi el par de nalgas blancas y duras. Me relamí y la sangre comenzó a bombear al portaviones, intenté

ocultarlo pero él me tomó por el brazo y me dijo:

- Tú lo quieres y yo también. Sé que corremos... bueno yo corro el riesgo de salir del grupo. Pero Marcos, si tú no dices nada yo seré una tumba. –lo dijo convencido.

Fue como una inyección de adrenalina directa a mi cerebro. Me excité al comprobar de lo que era capaz si me lo proponía, y de un zarpazo le arrebaté la sabana y me liberé de la mía. No esperaba mi reacción y mucho menos presentarle de esa manera mi tolete cabezón. Se tambaleó, trastabilló pero lo sujeté y lo atraje hacia mí. Sentí su juvenil cuerpo fuerte y musculoso, no como el mío pero fuerte. Pensé para mis adentro: “sí... si aguanta”. Su miembro era pequeño y flácido aunque se le notaba cierta erección. Me miró, sonrió y agarró con sus dos manos mi arma. Se agachó y comenzó a acariciarlo como si fuese el mejor y mayor regalo que recibe un niño.

Cada recorrido que daba con su boca por mi enorme verga era mejor que la anterior. Estaba excitado...más que eso estaba sobreexcitado. Le dije que estaba a punto de acabar, me miró con sus ojos penetrantes, nunca antes me había fijado en el color de los mismos. No sabría como definirlos con exactitud, eran de un color marrón cobrizo que nunca antes había visto, Me sonrió mostrándome sus blancos dientes, se incorporó y acercó su rostro al mío con seguridad, y sin que yo adivinara su siguiente movimiento, me besó en la mejilla. Y muy quedo me dijo:

- Es mi primera vez y quiero que seas el beneficiario.

Sorprendido ante su reacción y propuesta fui incapaz de responder. Él sin embargo fue directo a su siguiente paso y se acostó en una de las colchonetas y empinó su culo hacia mí. Sus blancas nalgas servían de tapadera pero él se encargó de abrirlas para que yo las pudiera apreciar su virgen estrechez. Sentí que de mi verga goteaba líquido y estaba brillante por los jugos salivales que había dejado Mauro.

Me arrodillé detrás de él abrí un poco mas sus nalgas y apareció su redondel con sus rayos perfectos y vírgenes. Le hablé sobre el cuidado que pondría en la penetración. Le besé su culito y lo dejé bien ensalivado, él se meneaba sensualmente y se acomodaba para recibirme. Tomé mi verga y la introduje en su boca para una mayor lubricación después comencé a pasar mi cabezota por el rosetón. Hacia un círculo y empujaba la cabeza, él acusaba el empujón. Esto lo repetí unas cuantas veces al tiempo que le decía “relájate...afloja el esfínter...afloja”

Finalmente me dijo crispado y deseoso “Ya...lo quiero ya”. Dejé caer una bocanada de saliva justo en el centro de su redondel y seguido le entrompé la cabezota. Lo sintió y le dolió, pero lo agarré firmemente por la cintura y le metí el domo de mi verga. Sentí como se abrió el músculo y como Mauro ayudó abriendo más las piernas. Nos movíamos milimétricamente, seguros que lo peor había pasado. Levantó una mano y tomó la mía, me la apretó y la soltó. Entendí que me estaba dando luz verde para seguir. Y así fue, él hacía movimientos circulares y yo entraba y salía...entraba y salía. Sentía como él masajeaba mi cabezota con la entrada del recto. Aprisionaba mi miembro cuando contraía el esfínter y después aflojaba. Yo me miré y noté roja mi verga, la saqué y se la enseñé, tal como

habíamos acordado. Su culito también estaba llorando sangre, pero ahora estaba más abierto. Me ensalivé nuevamente y esta vez lo hundí hasta la mitad de mi portaviones. Movi6 la cabeza en se1al de aprobaci6n y ahora si comenzamos a acoplarnos a un ritmo cadencioso, sensual y de penetraci6n profunda. Sentía que mis bolsas golpeaban con fuerzas sus nalgas, yo me retiraba y el retrocedía para no dejarlo salir. Yo en realidad lo que quería era darle duro en su esfínter, en la puertita del culo, para provocar que acabara. Y al final lo conseguí cuando dejó, ya relajado, que mi cabeza entrara y saliera y le masajeara su entrada. Dio un gemido y guturalmente me dijo "hasta el fondo...hasta el fondo". Le hice caso, abrí sus nalgas y se lo hundí cuan largo es mi verga. El masajeaba su pequeño pene y al momento sentí que su culito palpitaba...apretaba y aflojaba...estaba eyaculando y su culito lo reflejaba. Recuerdo sus gemidos y gimoteos cuando la descarga de mi crema lechosa rellenó su canal tanto que después de unos instantes cuando se lo saqué, su culito drenaba aquella crema batida blanca, amarilla y roja.

Descansamos un rato y de pronto comenzó a llover. Decidimos bañarnos bajo la lluvia, todavía chorreaba por sus nalgas la crema. Yo lo estregué y él a mí. Le lavé la herida y el mi verga. Terminamos y nos fuimos a la carpa. Pero ni el aguantó sus ganas ni yo las mías. Ahora si, con confianza variamos de posición y otras cosas más. Decía de le dolía pero que había sido estupendo y divino. El mantuvo su palabra y yo la mía. Y no dejamos de vernos. Decía que era muy difícil desprenderse del... portaviones.